



SANTIAGO
lugares con historia
Miguel Laborde

91545

Inscripción en el Registro de Propiedad
Intelectual N° 73.989 Miguel Laborde Du-
rona.

Prohibida la reproducción total o parcial
de este libro, mediante cualquier medio,
electrónico o mecánico, incluyendo las fo-
tocopias, sin el permiso escrito de los edi-
tores.

Dirección editorial : Ramón Alvarez M.
Coordinación
editorial : Gonzalo Contreras
Fotografía : Homero Monsalves
Diseño : Bernardita Mayork
Fotocomposición : LASER Ltda.
Fotomecánica : Taller Uno Ltda.
Impresión : Alfabet
Impresores Ltda.

© 1990 Editorial Contrapunto Ltda.
Avda. Salvador 595, Santiago, Chile
ISBN: 956-257-010-9

Presentación

En 1983, la Revista de “Vivienda y Decoración” del Diario El Mercurio inició una nueva sección, con el nombre de “Lugares con Historia”. Su autor, el cronista histórico Miguel Laborde, comenzó a publicar cada sábado una original reseña sobre monumentos nacionales, casas de interés histórico, calles y plazas de Santiago.

Con los años, comenzó a vislumbrarse un inventario patrimonial de la ciudad, que merecía pasar de la fugacidad de las páginas de prensa al soporte definitivo de un libro que rescatara este valioso material.

El trabajo de Miguel Laborde, para entregar una versión editorial perdurable, se complementó con un laborioso trabajo de imágenes realizado por el fotógrafo Homero Monsalves.

El resultado tiene dos facetas: es un inventario de nuestro patrimonio arquitectónico, amenizado por el relato de quienes lo han habitado, y es un testimonio, para la posteridad, de su destino y estado actuales.

Santiago, Noviembre de 1989.

Prólogo

Durante las últimas décadas, ha comenzado a usarse, como método de análisis de la historia social, política y económica de una región, de un país o de un grupo de países, el examen de la evolución de las ciudades a través de su impacto en el devenir histórico del pasado remoto y reciente. Es lo que se está imponiendo entre algunos de los historiadores de naciones como la República Argentina o el Brasil, en donde los estudios sobre historia urbana presentan actualmente un notable desarrollo.

Esto no ha ocurrido en Chile, donde los estudios históricos sobre lo urbano se encuentran en los inicios, y hasta ahora sólo se dispone de los esfuerzos desplegados por unos pocos historiadores y urbanistas dedicados a esta especialidad, entre los que se destaca el P. Gabriel Guarda O.S.B.

Esto es extraño si pensamos que la historia urbana había tenido prometedores comienzos ya en el siglo XIX. Así había ocurrido con las historias de Santiago y Valparaíso publicadas por Benjamín Vicuña Mackenna en 1869, obras que nos permitimos catalogar como de vanguardia en la historiografía urbana mundial. Casi medio siglo más tarde, Tomás Thayer Ojeda hizo renacer las esperanzas cuando publicó sus estudios titulados "Santiago durante el siglo XVI" (1905) y "Antiguas Ciudades de Chile" (1911). Este erudito autor tomó una línea de trabajo distinta a la del genial Intendente de Santiago, ya que sólo le preocupaba la dilucidación de detalles poco conocidos y renunció al análisis de la sociedad urbana. Tal vez, por esto mismo, su esfuerzo tampoco tuvo seguidores

entre los historiadores nacionales.

Pensamos que quizá como una compensación a esta tendencia, han surgido entre nosotros numerosos escritores que han realizado monografías donde privilegian temas tales como la historia de los edificios urbanos y rurales más notables, o de los barrios antiguos y sus tradiciones, del nombre o los nombres de las calles, de los arquitectos, urbanistas y paisajistas, así como de otros aspectos curiosos que les ha parecido útil desentrañar y dar a conocer. Recordamos, a modo de ejemplo y por el agrado que todavía produce su lectura, la obra de Carlos Lavín titulada "La Chimba", editada por Zig Zag en 1947, así como la de Carlos Peña Otaegui "Santiago de Siglo en Siglo" o, más atrás todavía, los dos trabajos de Justo Abel Rosales, "La Chimba antigua. Historia de la Cañadilla" y "El Puente de Cal y Canto. Historia y tradiciones", publicados en 1887 y 1888. Con el mismo estilo, pero ya en nuestros días, debemos recordar las obras de Monseñor Fidel Araneda Bravo "Crónicas del barrio Yungay", impresa en 1972, y "Crónicas de Providencia", que publicó Nascimento en 1981. Finalmente, no podemos dejar de mencionar las obras del arquitecto Cristián Boza tituladas "Inventario de una Arquitectura Anónima" y "Parques y Jardines Privados de Chile", aparecidas en 1982 y 1984, respectivamente. La obra de todos ellos y de muchos otros que no es posible enumerar aquí, inició y ha continuado recopilando y salvando del olvido no sólo las tradiciones santiaguinas, sino la memoria histórica de un país que, aunque se estima pleno

de historiadores, olvida con sin igual facilidad los hechos y las experiencias de su pasado. No cabe duda que han sido estas obras y la popularidad que han ganado entre los lectores chilenos, las que han contribuido, en gran medida, a salvar muchos de los edificios históricos que aún permanecen en pie en nuestras ciudades.

Esta tarea, de tanta importancia, la retoma hoy en sus manos Miguel Laborde en esta obra titulada "Santiago, Lugares con Historia". A través de abundante material fotográfico y de bien atinadas crónicas sobre los edificios de Santiago, rescata para las futuras generaciones los retazos de una historia que ha estado muchas veces a punto de perder sus testimonios materiales.

La presente obra recopila, en ordenadas series, la gran mayoría de los edificios del pasado santiaguino que aún existen y confirma la hipótesis de que las obras urbanas que todavía permanecen son aquellas que fueron producto de las grandes etapas rehabilitadoras y remodeladoras que, desde fines del siglo XVIII, pusieron en marcha las autoridades edilicias y los particulares.

En efecto, tanto las autoridades coloniales como más tarde las de la República, han debido abocarse, al cabo de cierto número de años, a realizar tareas de renovación urbana para reordenar lo que los habitantes de la ciudad habían hecho o dejado de hacer durante aquel lapso. A través del curso de estas acciones rehabilitadoras, ellas han debido dedicarse a corregir los males que afectaban y afectan al cuerpo urbano y que fueron y son oca-

sionados en gran parte por una estructura social defectuosa cuyas lacras, como si se tratara de un espejo, se han visto reflejadas desde siempre en la ciudad.

Con todo, durante los dos primeros siglos de vida de Santiago de Chile no se hizo indispensable realizar obras de mejoramiento urbano dentro de su traza gracias al lento crecimiento de ella y a los espacios dejados hacia el poniente de su Plaza de Armas por el fundador Pedro de Valdivia para que fuesen ocupados paulatinamente a medida que aumentaban sus habitantes. En efecto, de una población de apenas 150 hombres y una mujer en 1541 ya en 1640, según estimaciones, comprendía 4.000 personas y a fines del siglo XVII abarcaba una población total de 12.000 almas. Cien años más tarde llegaba a 30.000 moradores, acercándose a algunas de las ciudades importantes de Hispanoamérica.

Sin duda que la catástrofe de las ciudades del sur de Chile ocurrida en 1598 contribuyó al notable aumento de población observado a principios del siglo XVII. Igualmente, la necesidad constante de mano de obra indígena y mestiza que había llevado a establecer en torno a la Ciudad los primeros asentamientos periféricos de viviendas provisorias, provocó un nuevo crecimiento. Pero de lo que ya nadie duda actualmente es que, por haberse ido imponiendo la ciudad de Santiago como la capital del Reino, el exceso de población provocado por el aumento demográfico que se hacía notar ya a principios del siglo XVIII, comenzó a volcar sobre la capital un constante flujo migratorio que algu-

nos sagaces observadores chilenos de finales de aquel siglo y principios del siguiente hicieron notar.

Por tal motivo, a fines del último siglo colonial se hizo urgente iniciar un proceso de rehabilitación urbana para mejorar la calidad y el uso tanto de las obras como de los espacios existentes. Esta necesidad coincidió con una nueva política urbana impulsada por el gobierno español dentro del marco de las reformas propiciadas por la Casa de Borbón, que puso énfasis no sólo en la fundación de nuevas ciudades, sino, y especialmente, se propuso privilegiar las antiguas capitales mediante acciones concretas que las convirtieran en urbes modernas. Así se hizo con las ciudades de México, Lima, Caracas, La Habana y Buenos Aires, entre otras, alcanzando este programa hasta la ciudad de Santiago de Chile, sobre la que se llevó a cabo una acción renovadora de la mayor importancia.

Estas obras, que se iniciaron en la década de 1770, se continuaron hasta los años 1820 por lo menos, sin que aparentemente las afectara el proceso de la emancipación política. A las acciones tendientes a mejorar la comunicación con el puerto de Valparaíso (camino carretero por las cuestas), se unieron las obras destinadas a mejorar dicha comunicación al interior de la Ciudad (construcción del puente de Cal y Canto sobre el río Mapocho), añadiéndose a esto las obras del Tamar del mismo río, para evitar los desbordes anuales que deprimían el sector nororiente de Santiago. Asimismo, se construyeron unas veinte fuentes públicas, pilas y pilones para dotar de

agua a los diversos barrios de ella, adornando a la Ciudad con dos paseos: el del Tamar del Río por su costado norte y el de la Alameda de las Delicias por su costado sur, mejorando así la calidad de los espacios urbanos existentes; en especial sus extremos nororiente, gracias al Tamar, y surponiente, merced a la construcción de la Casa de Moneda.

Perfeccionada así la infraestructura urbana, se procedió al mejoramiento de la calidad de las obras arquitectónicas. A este propósito obedecieron los nuevos edificios que todavía adornan el costado norte de la Plaza de Armas (Casa de Gobierno, Real Audiencia y Cabildo), la prosecución de las obras de la Catedral, la construcción de los edificios de la Aduana y del Consulado en la intersección de las actuales calles Compañía y Bandera y, muy especialmente, la construcción de un edificio monumental destinado a Casa de Moneda. A estas obras hay que añadir diversas moradas que levantaron los particulares para su habitación, completando la renovación hecha por las autoridades. No cabe duda que estas realizaciones, logradas en un lapso de cincuenta años, cambiaron por completo la faz de Santiago, rehabilitando totalmente algunos sectores urbanos e iniciando un proceso que desde entonces se irá repitiendo en acciones remodeladoras sucesivas.

De todos los edificios levantados en esa época da cumplida cuenta el autor de la obra que estamos prologando (Casa Colorada, Catedral, Real Audiencia, Aduana, La Moneda y otros). No cabe duda que, si exceptuamos a la Iglesia y Convento de San Francisco,

son aquellos edificios los únicos testimonios que tenemos de la ciudad colonial. Por ello, su conservación y su destino a un uso digno, como ha ocurrido con casi todos ellos, hablan muy bien de quienes han promovido y siguen promoviendo su situación actual.

La ciudad de Santiago de Chile continuó progresando en los años que siguieron a 1820, aumentando ahora en forma muy sensible su radio urbano. Así ocurrió con las tierras situadas hacia el poniente, en donde se trazó un nuevo barrio al que Domingo Faustino Sarmiento llamó "villa" de Yungay y el cual comenzó a levantar sus edificios (véase casa de Domeyko) a partir de 1840. Veinte años más tarde, empezó a tomar forma otro nuevo barrio, hacia el sur poniente de la Alameda, de mayor extensión aún; el cual desde 1870, aproximadamente, se vio privilegiado por dos obras de hermooseamiento como fueron el Parque Cousiño y el Club Hípico. Estas obras hicieron del nuevo barrio el más exclusivo que entonces tenía Santiago y terminó siendo morada de las principales familias (los llamados "palacios" Cousiño, Errázuriz, Irrarrázabal y otros).

Fue en ese momento cuando la autoridad edilicia, encabezada ahora por el dinámico Intendente Benjamín Vicuña Mackenna, inició la segunda "Remodelación Urbana" santiaguina. En 1870, tal como había ocurrido cien años antes, la ciudad había aumentado su población a cifras muy altas, llegando a los 130.000 habitantes en 1875. Como efecto de lo anterior, había extendido su radio sin obedecer a un plan preconcebido, distorsio-

nando sus servicios públicos. En efecto, junto con crear barrios nuevos, algunos suntuosos como el que indicábamos antes, se había iniciado el deterioro de algunos barrios antiguos muy centrales, mientras se extendían junto a las riberas del río Mapocho, de Independencia hacia el poniente, algunas barriadas miserables (El Arenal, Ovalle y otras), a las que se unió una muy extensa, quizá si todavía más pobre, ubicada hacia el sur de la actual Avenida Matta, que fue llamada por el propio Vicuña Mackenna con el terrible nombre de "potrero de la muerte".

Frente a esta realidad, el dinámico Intendente propuso y realizó un audaz plan remodelador y rehabilitador que lo desglosó en las siguientes acciones: 1) Canalización del Mapocho a fin de incorporar definitivamente los barrios situados en la banda norte del mismo, y creando a la vez nuevos paseos en los terrenos obtenidos del relleno del antiguo lecho. 2) Paseo del Cerro Santa Lucía, la obra más conocida del famoso Intendente, ya que dotó a la Ciudad de un parque "aéreo", como lo definió él mismo, ubicado en el corazón de Santiago y que permitió la habilitación de todo el extenso sector sur oriente del centro urbano, el cual, hasta entonces, había quedado detenido por obra del árido peñón que era aquel Cerro y por el extenso Monasterio de Santa Clara de la Antigua Fundación, verdadera ciudadela que abarcaba dos manzanas. En este sentido, la transformación de dicho Cerro, unido a la construcción del Teatro Municipal, hicieron derivar hacia esas calles la morada de una buena parte de la clase alta santiaguina, disputando

desde entonces al barrio de las calles Dieciocho y Ejército una parte de su exclusiva preponderancia (Casas Subercaseaux, Arrieta Cañas, palacio Bruna y otros). 3) Camino de Cintura que, rodeando a la Ciudad por sus costados oriente, sur y poniente (Avdas. Vicuña Mackenna, Matta, Blanco Encalada, Exposición y Matucana), fue planificada expresamente para definir los límites de lo que Vicuña Mackenna llamó "la ciudad propia" para distinguirla de los suburbios o arrabales. Al mismo tiempo, este camino de circunvalación, acercando a barrios distantes, permitió derivar hacia él gran parte del tráfico de carretas y vehículos pesados que se dirigían desde las chacras vecinas hacia el Mercado o La Vega, creados también en esta administración edilicia. 4) Transformación de los barrios del sur, erradicando a la población modesta que allí existía, la que fue a ocultar su dolor y su miseria en las peligrosas márgenes del Zanjón de la Aguada. 5) Diversas otras obras de habilitación y rehabilitación urbana como la apertura de calles tapadas y ampliación de otras (Av. Ejército Libertador), abovedamiento de acueductos para formar sobre ellos nuevas avenidas (Diez de Julio y Av. Brasil), extensión del servicio de agua potable, construcción de nuevos mataderos, instalación de recovas y muchos más con los que la fértil imaginación del Intendente dejaba atónitos a sus contemporáneos.

Estas transformaciones, muchas de las cuales estuvieron terminadas antes de la finalización del mandato de Vicuña Mackenna (1875), fueron complementadas con actividades que iban

en beneficio directo de la Ciudad. Así ocurrió con la Exposición Nacional de 1872 realizada en el nuevo edificio del Mercado en Mapocho, y con la Exposición Internacional de 1875, primera realizada en el país, y que dotó de un espléndido edificio a la Quinta Normal de Agricultura hoy dedicado a Museo. De ambas obras también hace prolijo relato esta obra.

El autor se detiene al llegar a esta época e incursiona apenas en los años primeros de nuestro siglo XX. Sin duda que esta decisión la ha tomado debido a que en la década de 1930 se inició la tercera remodelación de Santiago, obra ahora del urbanista vienés Karl Brunner, quien trajo los nuevos estilos

en boga y reordenó otra vez más la Capital de Chile.

Esta nueva época fue la de los proyectos grandiosos como el del Barrio Cívico, muy apropiados para una ciudad de masas que requería de inmensos espacios para acogerlas y hacerlas presente. Fue también la que vio crear las grandes poblaciones patrocinadas por las instituciones habitacionales del Estado, por las Cajas de Previsión, por las cooperativas de vivienda. Fue la que vio proliferar las tomas de terrenos y el surgimiento de las viviendas más miserables a las que el pueblo bautizó con el nombre de "callampas".

Pero esta ciudad masificada no era ya la ciudad amable, la de los edificios acogedores y elegantes, la de la vida

pausada y discreta. Era la ciudad de las prisas, la de la agitación nerviosa sin pausa, la de la muchedumbre anónima y trivial. Era la ciudad de la riqueza ostentosa y de la miseria vergonzante. Era la ciudad de los inmensos barrios sin matices, tanto la de aquellos habitados por las clases altas y medias hacia el oriente, con su monótona similitud, como la de las poblaciones, de las barriadas pobres multiplicadas hacia el sur, el norte y el poniente.

Para esta nueva época habrá que esperar otro libro tan atractivo como lo es la obra que prologamos.

Armando de Ramón

La Reina, 12 de octubre de 1989.

Indice

I. SANTIAGO ANTIGUO	
Iglesia de San Francisco y su Museo Colonial	8
Casa Colorada (Museo de Santiago)	11
Posada del Corregidor (Museo Costumbrista)	14
Casa Velasco	17
Iglesia Catedral y su Museo de Arte Sagrado	20
Palacio de la Real Audiencia (Museo Histórico Nacional)	23
Palacio de la Real Aduana (Museo Chileno de Arte Precolombino)	26
Palacio de la Moneda	29
Palacio Consistorial de Santiago	32
II. CHACRAS AL ORIENTE	
Iglesia de los Dominicos y su Centro Turístico-artesanal	36
Casas de la Hacienda San José de la Sierra (Casona de Las Condes) ..	39
Casas de Lo Matta (Museo de Artes Decorativas, en preparación)	42
Casas de Lo Contador (Campus Lo Contador de la U. Católica)	45
Casas "El Rosario" (Instituto Cultural de Las Condes)	48
Casas Verdes de San Enrique (Centro Arrayán)	51
III. EL SELLO REPUBLICANO	
Colegio Sagrado Corazón de Jesús (Cema-Chile)	56
Teatro Municipal	59
Palacio de la Alhambra (Sociedad de Bellas Artes)	62
Mercado Central	65
Estación Mapocho	68
Casa Central Universidad de Chile	71
Palacio del Congreso Nacional	74
Correo Central	78
Palacio Edwards (Academia Diplomática Andrés Bello)	81
Cuartel de Bomberos	84
IV. SANTIAGO PONIENTE	
Casa de Domeyko	88
Museo Nacional de Historia Natural	91
Basílica y Gruta de Lourdes	94
"El Partenón" de la Quinta Normal (Museo de Ciencia y Tecnología)	97
Templo Votivo de Maipú	100

V. FIN DE EPOCA

Casas Subercaseaux (Banco de A. Edwards y Club de la Fuerza Aérea) .	104
Palacio de los Tribunales	107
Palacio de Bellas Artes (Museo de Bellas Artes, Arte Contemporáneo y Arte Popular Americano)	110
Biblioteca Nacional y Archivo Nacional	113
Edificio de "El Diario Ilustrado" (Intendencia Metropolitana)	116
Bolsa de Comercio	119
Caja de Crédito Hipotecario (Banco Hipotecario Internacional Financiero, BHIF)	122
Palacio Bruna (Consulado EE.UU.)	125
Club de La Unión	128

VI. SUR PALACIEGO

Palacio Cousiño	132
Palacio Errázuriz (Embajada de Brasil)	135
Casa Central Universidad Católica	137
Estación Central	141
Palacio Irarrázaval (Círculo Español)	144
Palacio Astoreca (Colegio de Contadores A.G.)	147
Palacio Iñiguez	150
Palacio Ariztía (Club Militar)	153
Iglesia del Santísimo Sacramento	156
Club Hípico	159
Casa de Los Diez	162

VII. SANTIAGO ORIENTE, SIGLO XIX E INICIOS XX

Casa Ossa (Casa de la Cultura de Ñuñoa)	166
Pabellón Casa Vicuña Mackenna y Museo Vicuña Mackenna	169
Palacio Falabella (Palacio Consistorial de Providencia)	172
DIRECCIONES	175

I. SANTIAGO ANTIGUO

Palacio de la Alhambra

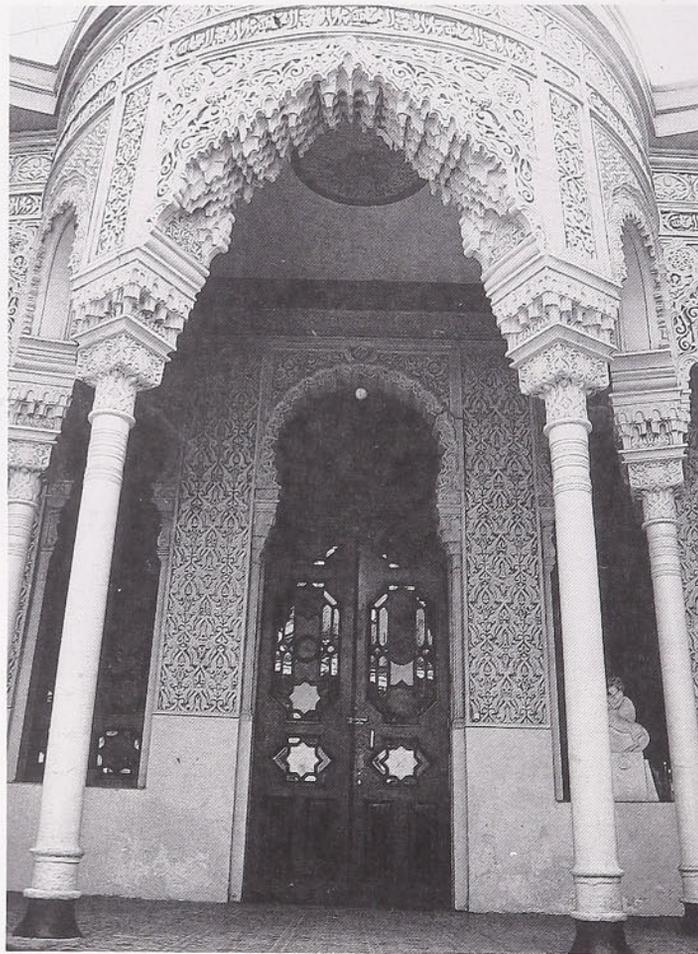
Este lugar tiene el sello del chileno nortino. Mientras los agricultores se apegaban a la tradición o seguían con fidelidad los dictados de la moda, los mineros –soñadores de tesoros, ricos en imaginación– al hacerse sus palacios sólo obedecían a sus propios impulsos.

Francisco Ignacio Ossa Mercado, el hombre que mandó a construir en Santiago esta versión del famoso palacio granadino, era un retoño de dos antiguas familias mineras de Copiapó. Patriota activo en 1810, a los veintinueve años de edad ya era alcalde de esa ciudad.

La fortuna lo sorprendió diez años después, el día en que Miguel Gallo, quien había denunciado con los hermanos Godoy la existencia del fabuloso mineral de plata de Chañarcillo, luego de comprar a éstos sus partes, lo incitó a unirse en la empresa.

En poco tiempo se hizo dueño de un enorme capital, y se sintió listo para la conquista de Santiago. Interesado en los quehaceres públicos, amigo de Portales, ingresó a las filas peluconas y luego se hizo conservador, ganándose un sillón en el senado. Su fortuna le permitió apoyar diversas obras de beneficencia, e ingresar como socio en empresas de interés público, como lo fue el ferrocarril Santiago-Valparaíso.

Para cumplir su sueño palaciego, no había muchos arquitectos en Chile, salvo los extranjeros traídos por el propio gobierno. Recién hacían sus primeros proyectos los nacionales. Debíó re-



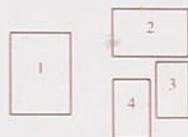
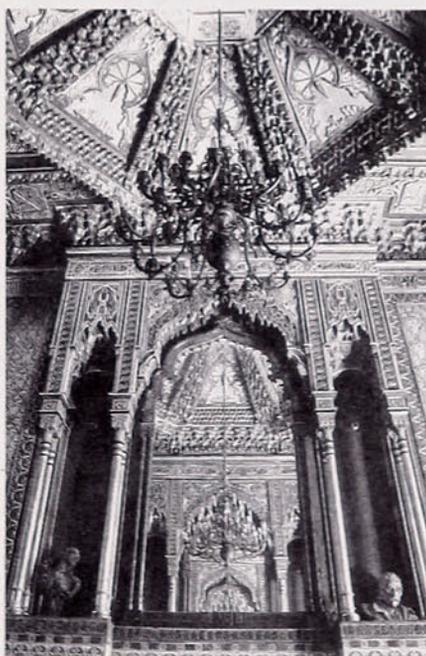


currir entonces a Manuel Aldunate, decisión de la que no se arrepintió.

Ossa quería un palacio de verdad, y no se detuvo para traer artesanos y materiales desde España, incluyendo azulejos y fuentes de agua. La vajilla la mandó a cincelar a París, donde el célebre Odiot.

Pero su muerte, en 1864, le impidió ver realizado su sueño. Fue otro millonario, Claudio Vicuña Guerrero, quien lo terminó. También grandioso, dueño de varias haciendas, como Bucalemu, Las Palmas y Chiñigüe, a un costo enorme había incorporado grandes parques en torno a las casas de cada uno. Emiliano Figueroa, el futuro Presidente de la República, era uno de sus administradores.

El propio Vicuña iba camino de la presidencia en 1891, cuando llegó la revolución. Como ministro de Balmeceña, partió al exilio y su palacio fue íntegramente saqueado. Los cuadros, los objetos, los muebles que había comprado a Ossa, o que él mismo había rematado en París, todo desapareció.



1. El millonario hizo traer artesanos españoles para lograr un palacio a nivel artístico.
2. Para la revolución del '91, siendo su propietario Claudio Vicuña, el lugar fue íntegramente saqueado.
3. El mobiliario original del palacio también era estilo árabe. Ossa Mercado lo había comprado en París.
4. La Sociedad de Bellas Artes, fundada en 1918 por Pedro Reszka, es su actual propietaria.